

HÉCTOR M. MEDINA MIRANDA, *LOS CHARROS EN ESPAÑA Y EN MÉXICO. ESTEREOTIPOS GANADEROS Y VIOLENCIA LÚDICA*
Salamanca, Diputación de Salamanca – Instituto de las Identidades, 2012

Este interesante libro de Héctor Medina sigue una, aunque no tan reciente ni sólida, muy importante tradición de estudios realizados por latinoamericanos sobre España. En efecto, tal como lo hiciera el antropólogo José María Arguedas con “Las comunidades de España y el Perú” a fines de los años sesenta, este libro compara dos instituciones, una americana y otra española.

Así, Medina aborda los charros, o más bien la conformación de su perfil como figura heroica idealizada y estereotipo o símbolo colectivo, tanto en Salamanca como en México. Asociado, desde sus inicios, a la ganadería y al papel civilizador de la tauromaquia¹, el charro parece nacer en la primera mitad del siglo XIX, en el contexto de las guerras independentistas y de la construcción del Estado-nación en España y México.

En este contexto, el romanticismo y el folclore ejercerían, en términos generales, una transformación de una, hasta entonces, “alteridad devaluada” en personajes emblemáticos y en protagonistas de espectáculos de élite (Medina Miranda 2012: 16).

En el caso de Salamanca, el charro (y su vestimenta) se vuelve un símbolo provincial a partir del siglo XIX (tal como muestra el testimonio de varios viajeros románticos). Aquí, la prosperidad económica de algunos aldeanos, sobrevenida después de la guerra de independencia, no solo ayudaría a incrementar la estimación y el orgullo hacia el charro (69), sino que dejaría definitivamente atrás la idea del aldeano salmantino como inculto, ingenuo o grosero². A inicios ya del siglo XX, la figura sería usada por toda suerte de autoridades, consagrando una idealización desde la urbe en la que se seleccionan solo algunos rasgos parciales y se descontextualizan y recontextualizan otros. Hoy, como señala Medina, cunde ya no solo la politización sino también la mercantilización (175) de la figura del charro, en el contexto del turismo, de sus objetos industrializados y de sus espectáculos a la carta (99).

¹ El autor nos recuerda que la corrida caballerisca –que entra en decadencia en el siglo XVIII, con el advenimiento de los Borbones– daría paso al toreo a pie y a la suerte de matar con estoque (Medina Miranda 2002: 39), configurándose el escenario a partir del cual el torero, junto con el charro, se retomarían como símbolos nacionales.

² Es notable que, como el mismo autor lo señala, la institución que tiene el mérito de publicar este estudio (el Instituto de las Identidades) sea precisamente heredera de otra fundada, bajo este impulso, en este momento histórico.

En el caso mexicano, quizá descrito con mayor detalle que el salmantino, los protagonistas iniciales son los rancheros criollos, mestizos, mulatos o de origen indio que cultivaban y criaban ganado³; y que podían trabajar en las haciendas como arrieros o vaqueros⁴. Estos rancheros –distintos tanto de los latifundistas como de los campesinos indígenas contemporáneos– fueron transformados, por artistas costumbristas, en charros, un vocablo que pasa de significar rústico a representar, a mediados del siglo XIX, nada menos que “el corazón de la nación” (109).

A partir de entonces, la república mexicana usará la figura del charro para, por ejemplo, glorificar la policía rural u obtener cierto reconocimiento internacional (126). La llamada charrería adoptará, además, reglamentaciones para unos ejercicios ecuestres (144) que pasan a ser considerados como deporte nacional⁵. Tras el fin de la Revolución Mexicana (1910-1920), el charro es definitivamente identificado con el catolicismo, la civilización y los héroes de la patria⁶. Aunque, efectivamente, excede los objetivos del libro, el autor señala, con acierto, una tarea pendiente y prometedora: el “análisis de todas las transformaciones que se han hecho de la figura del charro” entre los pueblos indígenas de México (187)⁷.

Ahora bien, en conjunto, el aspecto histórico del libro podría considerarse quizá como mejor desarrollado que su dimensión antropológica. Así, por ejemplo, la comparación de los charros con los *tricksters* –esos personajes transgresores y fundadores de un nuevo orden en la mitología amerindia–, no pasa de una mera alusión (14). Algo similar sucede también con la consideración, en tanto que mitos, de los discursos relacionados con los orígenes de los charros; y con el énfasis en la difusa frontera entre historia y mito (retomada de ciertos pasajes de Claude Lévi-Strauss) (15).

Fuera de este aspecto, más bien menor en un tema abordado desde la historia, nos gustaría señalar aquí una cuestión de fondo que este libro puede ayudarnos a resaltar: la comparación entre dos tradiciones emparentadas, tales como las que brillantemente estudia aquí Medina, podría ser perfectamente válida, incluso menos coincidencias que

³ Medina apunta que ya en una fecha tan temprana como 1525 era necesario que los criadores de ganado, en el actual México, registraran su hierro para marcar a sus animales (103).

⁴ Los ranchos eran pequeñas explotaciones rurales, a veces independientes, y otras veces anexas a una hacienda (108).

⁵ Desde épocas tan tempranas como fines del siglo XIX, grupos de charros mexicanos participaban ya en giras por Estados Unidos, usualmente asociados a espectáculos circenses (152). A inicios del siglo XX, se puede hablar además de una masificación de la música folclórica o de una “fiebre” por el folclore en la que la radio, el cine y las casas discográficas (como el sello Columbia de Nueva York) inventan el mariachi que se conoce hoy (140).

⁶ Tal empresa es visible, por ejemplo, en la figura del beato del siglo XVI, Sebastián de Aparicio, cuyas láminas (impresas en Roma en 1789) ilustran su papel de héroe civilizador y domador de ganado, y que llegaría a ser considerado como el primer charro de América (160).

⁷ Resulta evidente, en efecto, la importancia de un estudio etnográfico que registre tanto las variantes indígenas de los ritos ganaderos (116) como su relación con algunos de los objetivos sugeridos por el autor (por ejemplo, la apropiación de lo ajeno o la transferencia de lo salvaje a grupos distintos) (118). Es de destacar, además, que el mismo autor muestra la existencia de fuentes etnográficas particularmente interesantes, por su antigüedad, en el caso mexicano. Así por ejemplo, encontramos una breve descripción de una herranza del ganado (en el “Manual del viajero” de Marcos Arróniz) que data de 1858 (147).

aquellas que aparecen en el caso de los charros. En otras palabras, este trabajo puede ser visto también como una invitación a comparar, no ya solo las diversas expresiones de las ensoñaciones nacionales en torno a los jinetes rurales masculinos (sean charros, huasos, *cowboys*, gauchos, *qorilazos*, morochucos o llaneros), sino también, en general, las formidables variaciones americanas e hispanas del binomio hombre-ganado. El presente libro nos incita, pues, a considerar una figura como la del charro en tanto que una variante de una realidad más bien múltiple. Nos exhorta, de hecho, a contemplar la charrería como una variante donde la conversión en símbolo nacional y la espectacularización propia de la urbe, bien podrían considerarse como características históricas particulares que, cuando se dejan de lado, dan paso a unos rituales ganaderos, cuyo estudio, hasta ahora, se ha limitado a la etnografía.

Saludamos, pues, la aparición de este hermoso libro de Héctor Medina Miranda, en un formato que, además, reproduce con alta fidelidad un material gráfico estupendo por su valor histórico sobre la evolución de los charros, en ambos lados del Atlántico.

Juan Javier Rivera Andía